



Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres

Juan Carlos Ramírez y Griselda Uribe (coords.)
Plaza y Valdés/UdeG/PIEGE/AMEGH/AJC/UNFPA, 2008

ROGELIO MARCIAL || EL COLEGIO DE JALISCO

S abemos ya que la categoría de género, en tanto herramienta analítica, ha logrado en los últimos años explicar muchos de los fenómenos sociales, del pasado y del presente, y ha develado relaciones jerarquizadas basadas en la diferencia de género que antes muchos y muchas asumíamos como algo “natural”, “dado”, “inamovible” y “coherente”. Encontrar disidencias a estas jerarquías por parte de mujeres, homosexuales y también varones, nos ha enseñado que los modelos conductuales que rigen esas relaciones jerarquizadas son construcciones sociales, con sus intenciones y sus consecuencias. Y, lo más importante, nos ha demostrado también que en tanto constructos sociales estos modelos pueden deconstruirse, desmantelarse, redirigirse, siempre y cuando nos interesen las relaciones inclusivas, la solidaridad social y la integración igualitaria de todas y todos más allá de su género y su preferencia sexual. Este es el problema de investigación, el “asunto” pues, que convoca a los 21 autores que escriben 16 capítulos en este libro en sus más de 300 páginas. Pero los textos se concentran en esos modelos que dentro de los estudios de género se han analizado con menor dedicación que aquellos referidos a la relaciones de poder que los hombres imponen a las mujeres. Me refiero a que estos textos más bien tratan de observar cómo se construyen las diferentes masculinidades y cómo en estos procesos (en estos “juegos” en los que participan mujeres y hombres) se controla y legitima una forma específica de ser “hombre” como la “única posible” y la más “conveniente” para la comunidad, y no sólo para aquellos que ejercen el poder desde una masculinidad reconocida y, hasta diría yo, aplaudida por “el costumbre” (eso lo dicen los huicholes) de nuestra sociedad.

Antes de detallar el contenido de los textos que integran este libro, si se me permite, presentaré tres escenas, tres “juegos” cotidianos de construcción de masculinidad en tres ambientes diferentes para “abrir boca” y adentrarlos en las temáticas abordadas en el libro. Aquí van, juguemos un poco:

Primer escenario: juguemos a “las carreritas”. Cada día al salir en automóvil a las calles de Guadalajara uno se enfrenta, desde la propia prisa de cada quien, con las prisas de todos los demás automovilistas. Pero entre varones (no entre todos, pero creo que si la mayoría) hay un ingrediente especial. Pareciera ser que el saber manejar, el saber conducir muy bien es un atributo masculino. ¿Cómo alguien puede ser lo suficientemente “hombrecito” sin saber ganarle al otro automóvil y rebasarlo sin dejarlo reaccionar a tiempo? No sólo hablo del conocimiento sobre cada funcionamien-

to del automóvil y un mínimo de mecánica por si se nos presenta algún desperfecto inesperado. O de saber estacionarse en dos movimientos perfectos en cualquier espacio sin importar si es la acera derecha o izquierda y tampoco que “apenitas” quepa nuestro automóvil. Este conocimiento no se limita a saber moverse en la ciudad y encontrar rápidamente la ruta más corta y con menos tráfico vehicular. No. Además me refiero a esa especie de “estado de alerta” en el que los varones no podemos, no debemos dejarnos ganar el lugar a la vez de saber ganárselo a los demás. Ahí vamos por las calles en “competencia” para ver quién demuestra mayor pericia y quién tiene el mejor automóvil. Coche y conductor “se vuelven uno solo” para demostrar a los demás lo viriles que somos, en la medida en que sepamos “chingarnos a los demás”. Porque eso sí, si alguien se nos adelanta o se mete en nuestro carril entonces la hombría, nuestra virilidad se ve negada, o al menos cuestionada, y la única respuesta es adelantarse y ganarle a quien nos ganó regresándole la ofensa de la misma manera para salvaguardar el honor de nuestra masculinidad. De allí las mentadas de madre, los dedos medios hacia arriba y los claxonazos aparecen y pueden desembocar en enfrentamientos a golpes a media calle. Y si alguna mujer se atreve a cruzarse en nuestro camino, la consabida frase “¡tenías que ser vieja!” no se hace esperar. Como si esos ámbitos y esos juegos fueran masculinos por “naturaleza”.

Segundo escenario: juguemos en “los toboganes”. De vacaciones en la playa ante unos toboganes que imponen formarnos para esperar nuestro turno. Yo voy con mi pareja y nuestra hija de 5 años y delante de nosotros va un padre de familia con sus tres hijos varones: uno de 12 años, otro de 9 y el más pequeño de 6. Les llega su turno y sólo el pequeño decide dejar pasar la experiencia para un momento de mayor maduración. Pero eso no está permitido en este juego, no. El padre, con lujo de violencia verbal, intenta obligarlo a deslizarse diciéndoles: “pareces vieja, no seas mariquita. Te dije que si subías hasta aquí no salieras con tu mariconada de que ‘me da miedo’. Eso es de viejas. Mira, hasta esta niñita [mi hija] se va a aventar. No te da pena que vea que los hombres son más ‘zacatones’ que las viejas como ella. No seas marica”. Obviamente mi pareja y yo le comentamos amablemente al señor que ni ella ni la niña son “viejas”, son mujeres; y que el valor no es cosa de hombres o mujeres, pues nuestra niña ya se había aventado de éste y otros toboganes y por eso no tenía miedo. Nuestro compañero de fila no entendió bien lo que le decimos, pues no “cuadra” en su modelo de honor, masculinidad, hombría o virilidad. Simplemente le dijo al pequeño “pues ahora por marica ahí te quedas y te bajas caminando. Nos vemos abajo y te vas a quedar solito ahí con tu mamá mientras los hombres nos seguimos echando, mugre jotito”. Ya cuando se aventó el gran *madio-man* y sus otros dos hijos, le comentamos al pequeño (que lloraba en silencio) que no se preocupara, que luego encontrará algún tobogán por el que se quiera lanzar y que cuando sea más grande como sus hermanos o su papá no habrá tobogán que lo asuste.

Tercer escenario: juguemos a no ser “mandilón”. En mi casa —que también es su casa— existe la posibilidad de guardar dos autos en la cochera. Por el espacio limitado, resulta una maniobra complicada que tendría que realizarse cada mañana para sacar los autos y cada noche para guardarlos. Por ello, mi compañera decidió no guardar su coche y evitarse todo esto, por lo que su automóvil “duerme” todas las noches fuera de la casa. Ante situaciones de robo de autopartes muy comunes en Guadalajara, el esposo de su hermana le recomendó a mi pareja que más valía complicarse con los movimientos para guardar los coches a un día salir y toparse con que le faltaba el estéreo, el espejo,

una llanta o alguna calavera. Pero mi compañera se negó, pues ella prefiere arriesgarse a todo esto que “batallar” dos veces al día con la estacionada dentro de la cochera (la verdad es que, aunque llega a pasar, donde vivimos el robo de autopartes no es algo alarmante). Para su cuñado fue un acto de irreverencia, pues le comentó que yo, “como hombre de la casa”, no debía permitirle eso. Le dejó claro que si él fuera “Rogelio” no le dejaría hacer semejante cosa, pues él no era ningún “mandilón” que permitiera que su mujer contraviniera el sentido común de salvaguardar los bienes de la familia. Yo pensé: pues, finalmente, es el coche de ella y ella decide sobre su coche; pero en este juego de masculinidad, para este cuñado y otros varones de la familia yo representaba una mala imagen de “hombria” que no era conveniente que los pequeños sobrinos tomaran como ejemplo, pues parte de esa hombría debe consistir en pasar por alto sobre las decisiones de las mujeres cuando sabemos por “sentido común” o por “la razón” (propia de los varones) que ellas están eligiendo erróneamente con algún órgano interno (el riñón, el hígado o el corazón).

De este tipo de “jueguitos” habla el libro *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*, coordinado por Juan Carlos Ramírez y Griselda Uribe. Como comenté, son 15 capítulos (más la introducción) que se adentran en diferentes escenarios, diferentes “juegos” y diferentes experiencias en las que, gracias a sus interpretaciones, podemos notar cómo las ideas de “hombre”, “hombria”, “masculinidad” y “virilidad” juegan un importante papel para legitimar una sola manera de entender el rol que cumplen los varones en sus relaciones cotidianas con otros varones y con las mujeres.

Mara Viveros enfrenta acertadamente los desafíos que las teorías feministas tienden sobre los estudios de varones y masculinidades. Desde la radicalidad feminista, que incluso algunas autoras como Scott (2001, p. 71) cuestionan el concepto *History* porque habla de la visión masculina de la historia, la historia del hombre hecha por él (*His Story*) imponiendo su jerarquía sobre la mujer, y no ha incluido la visión femenina de la historia, la visión de la mujer, de ella (*Her Story*). O algunas otras más, como Lacombe (2006), que sugieren la posibilidad de construir masculinidades al margen del cuerpo del varón, por parte de algunas lesbianas, a partir del concepto de “masculinidades femeninas”; Viveros llama nuestra atención sobre la necesidad de la visión femenina en el estudio de las masculinidades y la pronta recuperación de “[...] las prácticas y representaciones de los varones desde sus especificidades de género, como parte de unas relaciones sociales que los colocan mayoritariamente en una posición de dominación” (p. 39).

Guillermo Núñez Noriega cuestiona a todo estudio sobre varones debido a la manera en que se asume quiénes son “hombres” cuando se habla de estudio de género de hombres. Si, como nos dice Núñez, se escoge a los sujetos de estudio en los trabajos sobre “hombres” por su apariencia masculina, sin pre-analizar y trabajar la forma en que el encuestado o el entrevistado ha construido su propia masculinidad, entonces caemos en el error que tanto criticamos, esto es, asumimos que es un “hombre” (buen informante) porque se ve como “hombre”. Culmina Núñez:

[...] me parece que si asumimos como transparente, obvio por sí mismo, quiénes son los “hombres” y en nuestros estudios asumimos de manera implícita que son machos biológicos-masculi-

nos-heterosexuales, estamos entonces asumiendo un ideograma central del sistema sexo-género que llamamos patriarcal, que supuestamente nos interesa conocer y denunciar (p. 56).

David Tjeder trabaja magistralmente el concepto de "misoginia" (implícita y explícita) para ayudarnos a comprender el marco amplio, el contexto general en el que se construyen socialmente las masculinidades. Todo lo bueno es del varón, todo lo malo es de las hembras (¿ya ven?, "tenían que ser viejas"). Todo el poder para el varón, toda la sumisión para la mujer. La lectura atenta del texto de Tjeder me permitió relacionarla con lo que Guillermo Núñez Noriega, en otro texto (2007), dedica a la homofobia como elemento de primordial importancia en la construcción de masculinidades especialmente en edades tempranas ("no seas joto, no seas marica; eso de no es de hombres"). Si discursivamente lo equivocado y vergonzoso corresponde a las mujeres y a los homosexuales, la masculinidad correspondiente se construirá a partir de un modelo que exagera lo masculino como lo "valiente", "osado" e "inteligente". Es decir, el hombre no sobresale por cualidades propias, sino por las cualidades negativas de sus diferentes. Y así asegura el dominio sobre ellos y ellas.

Juan Carlos Ramírez nos presenta un detallado "estado de la cuestión", es decir, un análisis por-menorizado de las características de los estudios sobre masculinidades con el fin de esclarecer un panorama global del conocimiento sobre los varones y de comparar esos estudios para encontrar similitudes, diferencias y especificidades. A través de conceptos ordenadores desde un "eje duro" como "trabajo", "economía", "violencia", "identidad", "raza y multiculturalismo"; aquellos otros que estructuran un "eje suave" como "paternidad", "salud sexual y reproductiva", y "vulnerabilidad"; y finalmente los que anuncian un "eje de cambio estructural" como los "modelos alternativos", las "intervenciones", los "procesos de cambio complejo tendientes a la equidad" y "el cambio y la resistencia"; Ramírez establece un mapa que nos orienta adecuadamente en nuestro "caminar" dentro del conocimiento generado por la academia sobre varones y masculinidades, siempre con la idea de aprovechar las nuevas tecnologías e implementar políticas públicas que recuperen este conocimiento, para con ello impulsar condiciones de equidad y respeto entre los géneros.

Por su parte, Víctor Seider le entra de lleno a la relación entre masculinidades y violencia, y se pregunta si ello es por definición "el juego del hombre". Nos relata puntualmente cómo en cada juego hay reglas y atiende a la manera en que se construyen las reglas en el juego de la violencia masculina. Evidentemente las categorías de "poder" y "resistencia" son centrales en su explicación, pero las entreteje con otras como "sexo", "miedo" y "temor" para llegar acertadamente a la conclusión sobre la necesidad no de cambiar las reglas del juego de la violencia, sino la que nos debe llevar más bien a cambiar ese juego de violencia por otro que sea constructivo y de equidad. Concluye Seider: "Hay de juegos a juegos, y la violencia tiene que dejar de ser un juego de hombres. Los hombres tienen que aprender a jugar un juego de vida que también sea un juego de amor e igualdad para transformar un planeta en peligro" (p. 129).

Javier Flores Gómez también se adentra en la violencia como elemento principal en la construcción de "ultramascarlinidades" en un contexto multicultural. La reproducción simbólica de la violencia, nos dice Flores, tiene sus propios orígenes socioculturales y formas de reproducción; y aunque podría argumentarse que es una práctica universal, no por eso debemos asumirla como

algo "dado", "natural" e "inamovible". Flores trabaja ciertas masculinidades que se reproducen en la parte central del estado mexicano de Chiapas, donde tal y como lo demuestra la existencia de un contexto de "violencia de guerra" aunado al contexto de la "violencia común" ha generado ciertos "delirios de masculinidad". Por ello:

[...] muchas de las prácticas de violencia ejercidas por varones en el ámbito doméstico y en el contexto del conflicto político presentan formas y grados similares de crudeza y brutalidad, lo que nos lleva a concluir que no se trata de diferentes formas de violencia, sino que tanto los actos domésticos como los actos de guerra, emanan de una misma fuente primordial: los principios de ultramasculinidad [...] En la región de estudio, un recorrido histórico muestra la forma como las prácticas de violencia ejercidas en diversas situaciones y conflictos sociales, y en donde el campo militar desempeña un papel primordial, se repiten constantemente desde la época colonial hasta nuestros días. Por ello, la participación policiaca y militar en el adiestramiento de los actores que perpetuaron la matanza de Acteal deja de ser un dato coyuntural (p. 146).

Rosanne Rushing y Juan Manuel Contreras se adentran creativamente en el mundo de la prostitución en Tailandia de las ciudades de Bangkok y Koh Samui, en especial sus bares, sus playas y sus discotecas. Auxiliándose de un método cualitativo a partir de observación directa y entrevistas a profundidad, analizan las percepciones, creencias y prácticas de los hombres europeos que emplean trabajadoras sexuales comúnmente originarias de Laos, Camboya y Myanmar. Encuentran que estos hombres llegan a Tailandia impulsados por fantasías sobre las trabajadoras sexuales de allí, pero también arropados por un tremendo poder que ostentan en el lugar por ser occidentales y tener "hartos billetes". Muchos de ellos, obreros, no podrían acceder en sus propios países, con los mismos privilegios, a estos servicios sexuales, por cuestiones económicas. Y todo ello funciona como un dispositivo para ejercer el control total sobre las mujeres, al grado de llegar a situaciones de violencia contra las mujeres, esquema que ante las propias trabajadoras sexuales y la sociedad tailandesa se concibe como algo "natural" debido al "derecho" que adquieren los varones extranjeros por el simple hecho de pagar. Aunque vale decir que los autores también destacan los casos, pocos, basados en otro tipo de relación al ser consideradas estas mujeres como "novias" por parte de sus clientes. La experiencia se sintetizaría así: de obreros explotados a *playboys*, ese es el gran atractivo del comercio sexual tailandés para muchos varones provenientes de Europa.

Posteriormente, Michael Flood nos propone en su capítulo enfrentar los retos y buscar las estrategias pertinentes para la prevención de la violencia masculina en diferentes contextos. Para ello, nos presenta un panorama de las causas sociales y culturales que explican la violencia masculina contra las mujeres; además, Flood indaga asertivamente sobre las posibilidades de involucrar a los hombres en el trabajo de prevención de la violencia masculina. Comúnmente, las campañas en contra de la violencia hacia las mujeres están dirigidas a ellas, a las víctimas de la violencia. Siguiendo a Flood, urgen ya campañas destinadas a quienes ejercen la violencia, los varones, en tanto victimarios. Por ello, la conclusión es evidente, pero no por ello fácil de lograr: "Los hombres tienen un papel vital en la tarea de ayudar a poner fin a la violencia contra las mujeres. Pero si vamos a crear culturas

masculinas de no violencia y de reciprocidad voluntaria en las relaciones sexuales, debemos hacer muchos más esfuerzos sistemáticos para reclutar y cambiar a los hombres" (p. 180).

Seguimos con Diana Maffía, quien focaliza su atención en las políticas públicas de erradicación de la violencia masculina impulsadas por la Defensoría del Pueblo de la ciudad de Buenos Aires. Posicionándose desde un marco analítico que combina las aportaciones de la teoría de género, la filosofía política feminista y la teoría *queer*, la "descarada" intención de la autora es distinguir la pluralidad de modos de ser varón para así evidenciar la pluralidad de violencias masculinas. El texto abarca una gama de realidades como los agresores sexuales y su tratamiento, la lucha por la representación y defensa de los derechos de homosexuales, las políticas de apoyo a transgéneros (travestis) en materia de vivienda o seguridad en el ejercicio de la prostitución callejera, otras políticas de apoyo a transexuales ante los problemáticos procesos judiciales para la autorización del cambio de sexo y las implicaciones económicas de la intervención quirúrgica; así como las complicadas problemáticas médicas, psicológicas, jurídicas, sociales y culturales de las personas intersexuales, cuya realidad (que no su existencia) apenas comienza a salir a la luz debido a nuestra tremenda ignorancia y negativa moralidad hacia las manifestaciones de la diversidad sexual humana.

Ernesto Hernández visibiliza a los varones que han pasado inadvertidos en los estudios de género asociados a la migración internacional de mixtecos a los Estados Unidos. Demuestra cómo la memoria es un recurso con el cual estos migrantes construyen su identidad paterna, para conservar sus tradiciones y "heredarlas" culturalmente a los pequeños. Pero además, la memoria posibilita que la autoridad paterna prevalezca, ya no solamente como concentradora del poder y las decisiones en la familia, sino como un vínculo afectivo y de respeto que coadyuve significativamente en la cohesión familiar. Pero también existe, del otro lado, el olvido como "una manera de cuestionar el sistema político que somete a los padres mixtecos a grandes tensiones y problemas [...] Este olvido no significa una renuncia a la cultura y forma de ser del pueblo, pero sí es una negación de un sistema que ha sido considerado por muchos investigadores como un modelo positivo y democrático: el sistema de cargos indígena" (p. 214).

Renata Orlandi, Adriano Beiras y María Filgueiras indagan sobre los sentidos que adolescentes brasileños entre los 16 y 19 años de edad, habitantes de la ciudad de Florianópolis, dan a la paternidad y al cuidado de los hijos y cómo ello tiene repercusiones específicas en la construcción de su masculinidad. Ciertamente existen sentimientos de pérdida ante la imposibilidad de seguir disfrutando de las actividades propias de su edad (fiestas, vacaciones, ocio, falta de compromiso). Pero aun así los autores encuentran que estos padres adolescentes están satisfechos no sólo con su temprana paternidad, sino que de diferente manera se acomodan ante las nuevas exigencias de compartir los compromisos y tareas derivados del cuidado de sus hijos. Calificadas como "nuevas formas de paternidad", la relación de pareja y con los hijos implica cambios significativos en la construcción de masculinidades más involucradas con las tareas domésticas. Y no se trata de que los padres "ayuden" en casa a las madres (como una concesión), ni que las madres "ayuden" con un salario a los padres. Se trata más bien de un trabajo, de las responsabilidades, de los derechos y de la organización de forma conjunta y equitativa.

Olivia Tena y Paula Jiménez abordan otra cuestión definatoria en la construcción de masculinidades. Si el rol de la mujer, creíamos, debía circunscribirse al ámbito hogareño a partir de la imagen de la madre; el rol del varón tendría que articularse desde las implicaciones de proveer lo necesario a la familia y proteger a sus integrantes. Pero, ¿qué pasa con muchas masculinidades cuando no logra el varón cumplir con su rol de proveedor económico?, ¿es que el desempleo es la peor amenaza para la masculinidad de muchos padres en estos tiempos de crisis económicas sistémicas y cíclicas? Demostrando estrategias familiares que rescatan la imagen del padre-proveedor-protector en situaciones de desempleo, las autoras concluyen que:

Lo cierto es que la familia nuclear, tal y como se ha definido, está en crisis y con ésta, el modelo tradicional de masculinidad. Ante tal circunstancia, la flexibilización de los roles de género es indispensable para enfrentar los cambios económicos y sociales que impactan subjetividades y estructuras familiares. Se puede decir [...] que la posibilidad de flexibilización sería, desde esta perspectiva, una ganancia secundaria de dichos cambios [después de rescatar la figura paterna], caminando hacia la eliminación de relaciones opresivas que históricamente han impactado la condición de la mujer (p. 244).

Muy cercano a esta lógica referida a los cambios contemporáneos en los roles masculinos y femeninos al interior de la familia, María Alejandra Salguero analiza las formas de participación de algunos varones de clase media en la Ciudad de México en ámbitos referidos al trabajo y la familia, y las nuevas exigencias y contradicciones a los que se enfrentan. Después de entrevistar a profundidad a 35 varones entre los 20 y los 50 años de edad, Salguero sintetiza en una frase aportada por uno de sus informantes los cambios en la construcción de nuevas masculinidades o nuevas paternidades: “un verdadero hombre es el que se compromete y responsabiliza de su familia, el ser sólo proveedor no es suficiente” (p. 265). La reformulación (o flexibilización) de los roles identitarios masculinos ante estas exigencias, coincidiendo con Olivia Tena y Paula Jiménez, están provocando un cambio paulatino pero irreversible en las relaciones entre los géneros al interior de la familia.

Cierran el libro dos trabajos en líneas novedosas dentro del análisis social. Adriana Fuentes desmenuza, para analizarlo, el discurso imperante sobre la estética del cuerpo de los varones. Encuentra ciertamente una preocupación marcada por muchos hombres en torno a no querer verse como “afeminados”, idea asociada a una imagen de debilidad, vulnerabilidad y exagerada atención en la imagen corporal que se proyecta. Sin embargo, constata que el tiempo y el dinero dedicados al arreglo personal entre varones no varían significativamente de lo que caracteriza a las mujeres. Así, nos refiere Fuentes que:

[...] mientras ellas consideran que en ellos no es importante la belleza ni el cuidado personal, y que no los necesitan para conseguir lo que quieren, mucho menos considerar que realicen sacrificios y que la práctica de ejercicio es una actividad varonil pero no un medio para lograr estética, ellos en cambio, presentan preocupación de tener el cuerpo requerido en la actualidad. Disfrazan sus vanidades o fantasías presentándose como fuertes, viriles, y en silencio o en grupos muy cercanos

manifiestan claramente la frustración por no ser guapos, agradables físicamente a los otros y de ser objetos de burla por ello (p. 280).

Finalmente, Yeimi Colín presenta un trabajo sobre las percepciones de varones de Oaxaca, Monterrey y la Ciudad de México acerca del aborto sufrido por sus parejas. Ante la imagen tradicional de que el varón no debe manifestar abiertamente sus sentimientos y la contradicción de ello por parte de los entrevistados por Colín, la autora destaca que:

[...] los varones están viviendo una transformación en su experiencia reproductiva, aunque de manera no consciente, porque a pesar de romper con patrones de conducta meramente masculinos, siguen reproduciendo estereotipos que diferencian a los hombres de las mujeres. Por lo tanto, queda mucho camino por andar para lograr una plena transformación de su conducta reproductiva [...] (p. 296).

La autora propone que es necesario redondear este estudio con información sobre cómo viven la experiencia del aborto las mujeres y cómo viven ellas las reacciones por parte de sus parejas.

Estos son los capítulos que integran el libro *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. Algunos de ellos magistralmente traducidos por conocedoras y conocedores del tema como María Palomar, Pastora Rodríguez, Danilo de Assis Climaco e Inés Olivera. Nos presentan un panorama novedoso e inteligentemente abordado para comprender estos “juegos”, estas prácticas cotidianas que forman parte de ese proceso tortuoso incluso para quienes lo dominan, de construcción de masculinidades en diferentes contextos socioculturales. A mí —como a muchos y muchas, seguramente— me servirán para comprenderme y comprender mis relaciones con mujeres y varones. Pero además me ha servido también para tener elementos de diagnóstico más certeros dentro de los escenarios sociales que trabajo académicamente, como la imagen varonil, fuertemente viril, de locutores jóvenes de Telehit (Facundo y Christopher) al verse tan *cool* y arremeter en contra de las expresiones de jóvenes *emo* por proyectar una imagen “delicada”; las fuertes dosis de violencia simbólica y real entre las barras más conocidas y más tradicionales de la ciudad (la Barra 51 del Atlas y la Irreverente de las Chivas); la visión masculina de Guadalajara sobre la participación femenina dentro de algunas bandas cholas de los barrios “guetizados” de esta ciudad; y otros tantos escenarios más que ya no le sigo porque no se trata aquí de enterarlos de lo que yo hago. Se trata, más bien, de aprovechar los hallazgos y las propuestas de este excelente libro para la construcción de una sociedad más justa, más equitativa, más igualitaria, siempre respetando y aceptando nuestras diferencias, para la construcción de relaciones inclusivas y solidarias entre los géneros y las diversas opciones y preferencias sexuales.

Bibliografía

- Andrea Lacombe (2006). *"Para hombre ya estoy yo". Masculinidades y socialización lésbica en un bar del centro de Río de Janeiro*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Núñez Noriega, Guillermo (2007). *Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida*. México: Miguel Ángel Porrúa-UNAM-El Colegio de Sonora.
- Scott, Joan W. (2001). Historia de las mujeres. En Burke, Peter (ed.). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial, p. 71.